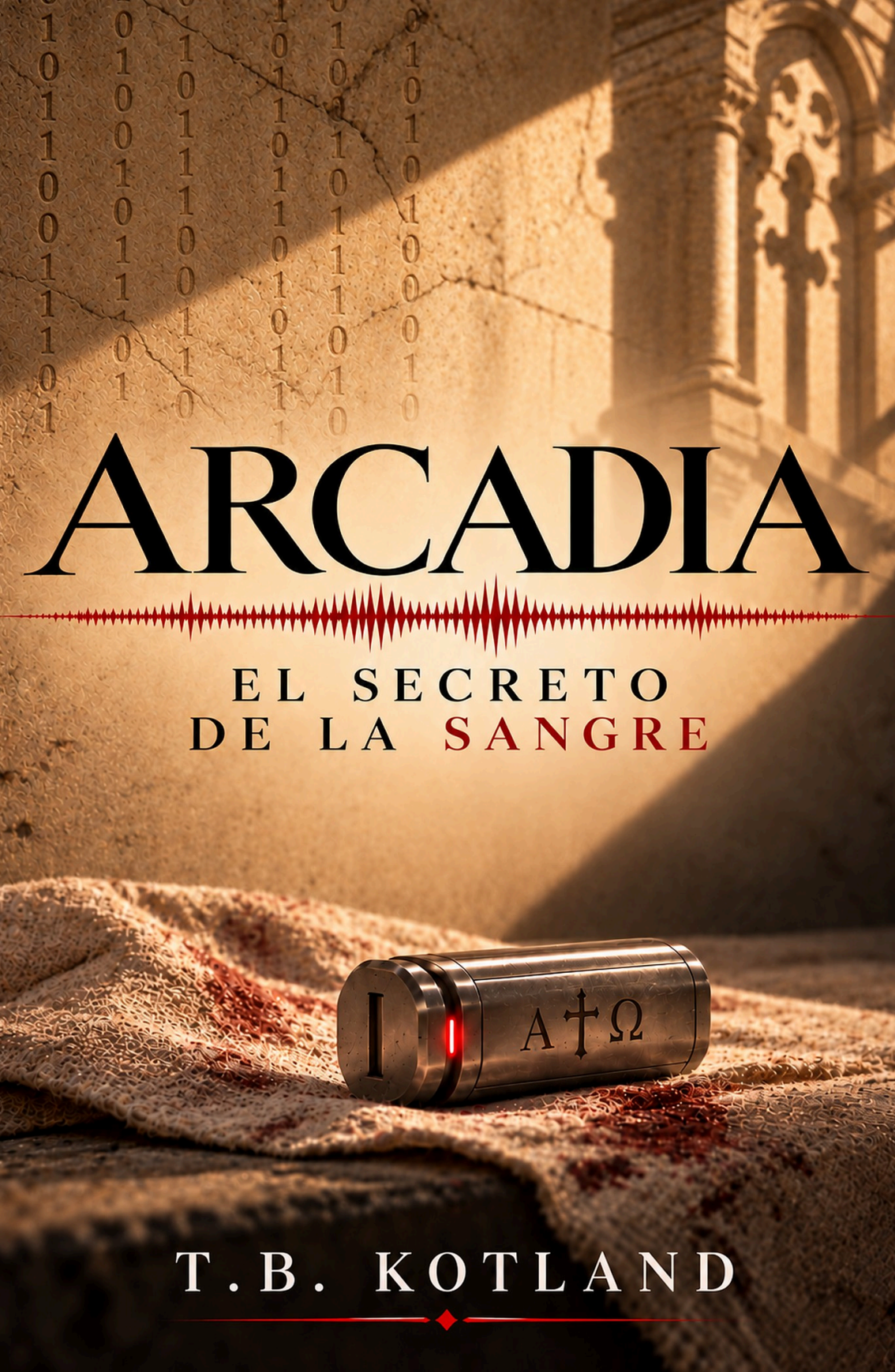


The background of the cover features a warm, golden-brown image of a church wall with a large arched window on the right. Overlaid on the left side are vertical columns of binary code (0s and 1s). A red waveform, resembling a sound wave or a heartbeat, stretches horizontally across the middle of the image.

ARCADIA

EL SECRETO
DE LA SANGRE



T. B. KOTLAND

ARCADIA

EL SECRETO DE LA SANGRE

T.B. KOTLAND

Muestra gratuita: capítulos 1 a 3

Novela completa a la venta el 30 de octubre de 2026

tbkotland.com

© T.B. Kotland, 2026. Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO UNO



Boston · Sábado, 21 de noviembre de 2026

Cuando encontré a Andrew Mainport muerto, acababa de dejar dos cafés en una mesa del pasillo. Había ido a buscarlos al otro lado de Boylston Street. El senador me había dicho que los tomaríamos antes de comer. La invitación seguía en pie cuando salí del edificio; cuando volví, ya no.

Estaba sentado detrás de su escritorio con una pistola en la mano derecha. La sangre había alcanzado una reproducción de una cruz de oro colgada a su espalda. La caja fuerte de la pared estaba abierta. De algún lugar salía el timbre de un teléfono, antiguo y obstinado. No toqué nada. Llamé al 911 desde el pasillo.

Acababa de colgar cuando vibró mi móvil. Un número de Luxemburgo, sin nombre. En la nota de voz hablaba el hombre que estaba muerto al otro lado de la puerta.

Bruce, escúcheme. No entregue el objeto. Si lo entrega, mañana estará muerto. Espere instrucciones.

La espalda contra la pared. Pudo haberla grabado antes de morir. Eso fue lo único que se me ocurrió. Vivía de desconfiar de las voces; aquella mañana no busqué una sola costura en la suya.

Once minutos después llegaron las patrullas. El detective Ben Hall me interrogó en el despacho que me habían asignado el día anterior. Respondí a sus preguntas sobre mi horario, los hombres que había visto en el vestíbulo y la visita de Mainport. Todo era verdad, hasta que Hall cerró su libreta y preguntó:

—¿Hay algo más que deba saber sobre su conversación con el señor Mainport?

En el bolsillo interior del abrigo llevaba un objeto de acero, no mucho mayor que un mechero. Mainport me lo había confiado aquella misma mañana. Bastaba con ponerlo sobre la mesa, enseñarle el mensaje al detective y pedirle ayuda. Ya no tendría que guardarlo yo.

En el bolsillo, los dedos encontraron el acero. *Si lo entrega, mañana estará muerto*. Hall esperó. Hice la cuenta en lo que tardé en tragar saliva. Entre un muerto que me avisaba y un desconocido que me preguntaba, creí al muerto.

—No —dije.

Hall esperó un segundo. Después anotó mi respuesta.

El objeto siguió en mi bolsillo.

Me habían dado aquel trabajo, según dijeron, porque yo era un hombre que no mentía.



Boston · Jueves, 19 de noviembre de 2026

Dos días antes de mentirle al detective Hall, yo no sabía quién era Andrew Mainport. Tenía una entrevista en Boylston Street, y un traje gris comprado para la boda de un compañero de Vocalis. El compañero se había divorciado; Vocalis ya no existía. El traje, al menos, seguía siendo mío.

SIBYL no aparecía en el directorio del vestíbulo. Planta catorce, decía el correo.

Una recepcionista me pidió el móvil antes de saludarme: ningún dispositivo con micrófono más allá de recepción, ni siquiera un reloj, si era inteligente. La empresa se llamaba igual que el sistema que vendía; allí nadie distinguía entre las dos cosas. Me dieron una ficha de plástico con el número diecisiete.

Debra me esperaba detrás de una mesa vacía. Melena gris, traje oscuro, gafas de montura roja. Me estrechó la mano como si me tomara el pulso.

—Síntese, señor Nowland. No le voy a preguntar por sus puntos débiles. Los vi en directo, como todo el país. —Abrió una carpeta delgada—.

Diecinueve millones.

Detrás de ella, una pantalla en reposo dejaba escapar un parpadeo azul cada pocos segundos. Me acordé de los focos de la sala del Senado, del calor que soltaban, de la gota de sudor que me bajó por la espalda mientras un senador me pedía que repitiera la cifra. Una voz clonada, la del director financiero de Halvorsen Shipping. El sistema de Vocalis, el mío, diciendo que sí. Once minutos, y el dinero en Chipre.

—Dieciocho coma siete.

Ella levantó una ceja.

—Dieciocho coma siete —concedió—. Según los periódicos, usted lo sabía desde hacía meses.

—Lo sabía desde hacía semanas. Lo de los meses lo dijo un periodista.

Lo dije demasiado deprisa. Debajo de la mesa, me sequé las palmas en el pantalón.

Once años antes, una compañera de laboratorio me había pedido por correo que no firmáramos un informe. Todavía guardaba aquel mensaje. Nunca le contesté.

Debra se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa vacía.

—Aquí vendemos a gente que no puede permitirse un Halvorsen. Necesito a alguien que sepa cómo se rompe esto. —Hizo una pausa—. Y que lo diga cuando se rompa.

Llevaba catorce meses enviando currículos.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado con la persona que ocupaba el puesto?

Debra dobló las gafas sobre la mesa.

—Puede empezar mañana. A las ocho.

Salí del edificio con un contrato pendiente de firma y el móvil recuperado de la taquilla diecisiete.



Gem trabajaba en la Biblioteca Pública de Boston, en la sección de Libros Raros y Manuscritos, a dos manzanas de allí. Llegué con una hora de adelanto. Sabía que no le gustaba que la visitara en el trabajo, y por eso lo hice.

La encontré inclinada sobre un atlas español del siglo XVII, con el pelo recogido con un lápiz. Una estudiante esperaba a su lado.

—Mientras no sepamos de dónde procede —le estaba diciendo Gem—, no podemos afirmar qué es. Puede ser auténtico; puede ser una copia que alguien encargó hacia 1890 para un coleccionista impaciente, o un original sustraído de alguna biblioteca de Praga, y las tres posibilidades, me temo, caben en la misma encuadernación. Sin procedencia, un libro no llega a ser documento: es papel con opiniones.

La estudiante se marchó con el atlas. Gem levantó la vista y me vio.

—Bruce Nowland —susurró—. Te he dicho mil veces que...

—Me han dado el trabajo.

—¿SIBYL?

—Empiezo mañana. Con despacho y todo.

Se quitó los guantes, los tiró a una papelería y me abrazó delante de una vitrina con un salterio del siglo XIII. Un vigilante carraspeó. Gem le hizo un gesto con la mano sin soltarme.

Comimos en el restaurante chino de la esquina de Dartmouth Street, el de siempre. Ella pidió pato; yo, lo primero que vi en la carta. Le conté la entrevista casi palabra por palabra.

—¿Y no te preocupa? —dijo cuando terminé.

—¿El qué?

—Que te contraten precisamente por lo de Halvorsen. Que lo que estén adquiriendo no sea tanto tu trabajo como tu reputación de testigo.

—Me contratan porque sé hacer mi trabajo.

—Te contratan porque fuiste el único que dijo la verdad en público. —Partió una galleta de la suerte sin leer el papel—. Y me parece estupendo, Bruce, de verdad. Lo que pasa es que en el archivo... —Se calló y se puso a desdoblarse su papelito—. Nada. Que me alegro.

Bebí agua para no tener que responderle. Gem conocía la comparecencia de memoria. Nunca me había preguntado por un trabajo universitario que no aparecía en mi currículum.

Me leyó mi galleta de la suerte sin abrirla, como hacía siempre, inventándosela con voz de oráculo de feria y una sintaxis que habría firmado cualquier predicador del siglo XVII: *Al varón que no sabe mentir le será dado*

oficio entre gentes que ignoran la verdad, y no tardará en averiguar cuál de las dos cosas se paga mejor. Se rio con la boca llena de pato, y durante un segundo fuimos las dos únicas personas de Boston.

—Yo también tengo una noticia —dijo después, limpiándose los dedos—. Me han llamado de la Morgan, en Nueva York. Para la plaza de conservadora de manuscritos. Es solo una primera entrevista, en diciembre.

—¿Nueva York?

—Está a cuatro horas en tren, Bruce. No pongas esa cara. —Me robó una gamba del plato—. Llevo seis años catalogando lo que otros eligen comprar. Me gustaría elegir algo yo, una vez.

—Por cierto —añadió, demasiado despreocupada—, ¿te acuerdas de lo que hay este fin de semana?

Una posada en Rockport, pagada por adelantado porque Gem me conocía. El jueves siguiente tocaba Acción de Gracias con sus padres, en Vermont. En el año que llevábamos juntos yo había encontrado una excusa para cada visita. Al menos se iba en coche. Había renunciado a subirme a un avión mientras hubiera una carretera.

—Gem, empiezo mañana. Lo lógico sería...

—Bruce.

—De acuerdo. De acuerdo. Iremos.

Ella sonrió, y yo supe que encontraría la manera de no ir.



Aquella noche abrimos en su apartamento de Fenway el cava que Gem guardaba *para cuando alguien de esta casa tenga una nómina*. Llevaba más de un año en la nevera.

El grifo goteaba desde el verano. Yo lo había desmontado tres veces, siempre con una pieza de sobra. Gem las guardaba en un frasco de mermelada: *Procedencia: grifo. Función: desconocida. Donante: B. Nowland*. Aquella noche lo intenté una cuarta. Sentada en la encimera, ella me leyó los márgenes de un volumen de sermones de 1689.

—Escucha esto. Alguien ha escrito aquí, con la letra más pequeña que he visto en mi vida: *El predicador miente, pero predica bien*. Y debajo, otra mano,

cincuenta años después: *Ambas cosas son ciertas*.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Que es una conversación, Bruce. Dos lectores que nunca llegaron a conocerse, discutiendo sobre el mismo papel con medio siglo de por medio, como Abelardo y Eloísa pero sin el inconveniente del tío. —Pasó la página con cuidado—. Mira la letra del segundo. Está furioso. Me encanta.

Salí de debajo del fregadero con la cara mojada y otra pieza de sobra en la mano. Gem la miró, se bajó de la encimera, abrió el frasco de mermelada y la metió dentro sin decir nada. Luego me dio un beso que sabía a cava templado.

Más tarde me enseñó sus *Cartas de Abelardo y Eloísa*, de tapas verdes gastadas. Su padre se las había regalado al terminar la carrera: *Para que sepas que la gente se escribía cosas así antes de que existieran los teléfonos*.

—Mi padre te va a caer bien —dijo—. Habla lo imprescindible, que en Vermont viene a ser una frase por estación, y arregla cosas.

—¿Las arregla bien?

—No le sobran piezas —dijo, y me guiñó un ojo.

Me dormí antes que ella. Lo último que recuerdo de aquella noche es el grifo, que seguía goteando, y la voz de Gem leyendo en voz baja, para sí misma, una carta de Eloísa que se sabía de memoria.

CAPÍTULO DOS



Boston · Viernes, 20 de noviembre de 2026

La tarjeta de acceso me esperaba en recepción. Llevaba mi foto, aunque yo no había dado ninguna. Era la de mi perfil profesional, la de la sonrisa de antes de Halvorsen. Me pregunté quién la habría descargado y cuántas cosas más habrían descargado sobre mí.

El móvil se quedó en la taquilla diecisiete, al otro lado de la puerta de cristal esmerilado.

La mitad de los puestos estaban vacíos. Al fondo parpadeaban los servidores, detrás de un vidrio. Entre los despachos colgaban reproducciones de pintura religiosa española: un Zurbarán, un Ribera, un Cristo de Velázquez frente a la máquina de café.

Debra me esperaba junto a la puerta.

—El segundo a la derecha es el suyo. En diez minutos tenemos reunión con el equipo del proyecto. Sea puntual. No soporto esperar.

—¿Y los cuadros? —Señalé el Cristo de la máquina de café—. No parecen de una empresa de *software*.

—Son del señor Mainport. —Debra miró el Velázquez como se mira una mancha de humedad que no hay manera de quitar—. Todos españoles. No le pregunte por ellos si no tiene la mañana libre: empezará por un viaje que hizo de joven y acabará en el siglo XVII.

Desde mi despacho se veía el tejado de la biblioteca. Gem podría asomarse y saludarme. Me sentí ridículo.

Sobre la mesa había un portátil nuevo, sin una sola pegatina. Al encenderlo me pidió una contraseña que nadie me había dado y luego, en una ventana más pequeña, que pronunciara en voz alta una frase de prueba: la del

zorro marrón que salta sobre el perro perezoso, la que se usa en inglés porque contiene todas las letras. La pantalla tardó un segundo en reconocirme.

Mi voz ya estaba en su sistema. Tampoco recordaba habérsela dado.

En una esquina del techo había una semiesfera de cristal ahumado del tamaño de media naranja; había otra sobre cada puesto de la planta. No eran del edificio: SIBYL tenía su propio circuito. Imagen continua, nunca sonido, me explicaría Debra con orgullo aquella misma mañana.



En la sala de reuniones solo estaba Debra. Había dos carpetas sobre la mesa: una con mi nombre y otra con un nombre que todavía no me decía nada. La segunda estaba más gastada; encima, la tableta, como un pisapapeles. No se sentó hasta que lo hice yo.

—Bienvenido a SIBYL —dijo Debra—. No hay tiempo para la visita guiada, así que se lo resumo. Autenticación por voz con detección de voz sintética en tiempo real. Lo tenemos casi terminado. En seis semanas pasamos la certificación federal y en primavera salimos al mercado. El proyecto es mío desde el primer día: si algo falla, me lo cuenta a mí antes que a nadie.

—¿Y yo?

—Usted hace que pasemos la certificación. —Debra enderezó la carpeta que tenía delante—. El consejo ha cambiado tres veces la fecha de salida. Yo he firmado las tres. Esta tiene que ser la última.

—La persona que ocupaba mi puesto...

—Martin Reyes. —Debra no bajó la voz—. Murió hace dos semanas. Un accidente en la I-93. Se salió de la calzada a la altura de Medford.

Hubo un silencio corto, del tipo que la gente deja porque cree que debe dejarlo. Debra le sostuvo la mirada.

—Martin diseñó el detector de voces sintéticas y dejó el dossier de seguridad casi terminado —siguió—. Probaba el sistema completo, incluidos los primeros clientes que ya lo usaban. Tiene usted sus notas, sus pruebas y los *tickets* abiertos. Revise lo que falte y firmamos.

—Me gustaría ver el código del modelo de detección.

Debra sonrió sin ganas.

—El modelo no tiene fallos. Martin lo entrenó con cuatro millones de muestras sintéticas. No hay voz clonada en el mundo que...

—Halvorsen también tenía un modelo sin fallos.

Debra dejó de sonreír y apoyó los codos en la mesa.

—El código fuente y los pesos del modelo solo los ven tres personas en esta empresa, y usted no es una de ellas. Trabaja sobre el sistema compilado, como haría un atacante. ¿No es eso lo que se le da bien?

Tenía su lógica, y eso fue lo que más me molestó. Asentí.

—Si Martin hubiera encontrado un fallo en su propio detector, ¿dónde estaría?

—En sus notas. Imprimía hasta lo que le avergonzaba. —Debra se levantó y dio la reunión por terminada—. Si hay algo, lo encontrará.

—Un detalle —dije—. ¿Quién es el primer cliente de SIBYL?

—La casa. —Recogió su tableta—. El presidente de la compañía tiene un archivo privado. Lo protegemos con SIBYL desde hace un año, como prueba antes de ponerlo a la venta. Si un sistema es bueno para el señor Mainport, es bueno para cualquiera.

—¿Y si alguien clona la voz del señor Mainport?

Debra me miró por encima de las gafas rojas.

—Para eso le hemos contratado, señor Nowland.



Pasé la tarde leyendo a Martin Reyes.

Las notas de Martin eran ordenadas, casi obsesivas. SIBYL había rechazado clonaciones de laboratorio, grabaciones manipuladas e imitadores profesionales. Era bueno.

El último *ticket* que abrió Martin estaba fechado tres días antes de su muerte. Se titulaba *CLIENTE A — vulnerabilidad crítica — NO CERRAR*. No tenía descripción. Solo un adjunto que el sistema me impedía abrir por falta de permisos.

El *ticket* estaba cerrado. Lo habían cerrado al día siguiente del accidente. El campo de usuario decía: *dmorrow*. Debra Morrow.

Me dije que Debra habría limpiado la cola de un empleado muerto. Que llevaba demasiado tiempo sin trabajar y no podía permitirme inventar fantasmas. No abrí una incidencia nueva.

A las ocho, Debra asomó la cabeza por mi puerta.

—Me voy. Si se queda, sepa que a partir de las nueve el sistema de seguridad se activa solo. Para salir tendrá que pasar la tarjeta y decir su nombre en el terminal de la puerta.

—¿Decirlo?

—SIBYL —dijo—. Comemos nuestra propia comida.

—¿Hay alguien los fines de semana?

—Un guardia de seguridad. Kingsley. Le conocerá si viene mañana, aunque le aconsejo que no venga. En esta empresa los fines de semana son sagrados. Es una de las pocas cosas que el señor Mainport impone personalmente.

Me quedé hasta las diez. Cuando salí, le dije mi nombre a una puerta y la puerta me creyó.

Gem me esperaba en Fenway con dos tazas de té frío. Le hablé de Martin Reyes. No le hablé del *ticket*.

—Gem, sobre mañana...

—Lo sabía.

—Necesito ponerme al día. El proyecto termina en seis semanas, el anterior analista ha muerto y si algo falla seré yo quien...

—Quien dé la cara. Ya. —Se levantó y llevó las tazas a la cocina—. Me voy a la cama. Mañana salgo temprano hacia Rockport. Sola. Está pagado.

Me quedé en el sofá, oyendo cómo cerraba el grifo con más fuerza de la necesaria.

CAPÍTULO TRES



Boston · Sábado, 21 de noviembre de 2026

Gem dormía cuando me fui. Le dejé una nota en la mesilla: *Perdóname. Te quiero. Mira el mar por los dos; el jueves, en Burlington, me portaré mejor que nunca.* Le encargaría flores para que le llegaran a la posada.

Llegué a las ocho y media. En la planta catorce, un hombre alto y delgado, de barba blanca recortada, leía en una silla plegable. Su acento parecía escocés, suavizado por muchos años fuera. Llevaba en la solapa una cruz dorada diminuta, con dos puntitos colgando de los brazos. Entre los dedos de la mano libre le daba vueltas a una caja de cerillas de cartón, antigua, gastada en las esquinas, aunque en aquella planta no se podía fumar.

—Señor Nowland —dijo, antes de que yo me presentara—. Kingsley. Debra me avisó de que quizá vendría.

—¿Le dijo también que no debía hacerlo?

—Me dijo que usted no le haría caso. —Me tendió la bandeja para el móvil—. La taquilla diecisiete, como siempre.

Lo de *como siempre* me hizo gracia. Llevaba allí un día. El móvil fue a la bandeja y Kingsley la puso sobre la mesita, junto a su silla, sin levantarse a guardarlo; tenía el libro abierto en la otra mano.

La planta estaba en penumbra. Solo se oía el zumbido de la sala de servidores. En mi despacho volví a hurgar en la herida: el ticket de Martin. Seguía cerrado por *dmorrow*, con el adjunto inaccesible.



A las diez y doce minutos de la mañana, Andrew Mainport salió del ascensor en la planta catorce y supo que no volvería a bajar en él.

Durante veintiséis años en el Senado había contado los votos antes de sentarse. Aquella mañana hizo la misma cuenta. Kingsley estaba en su silla plegable, junto a la puerta de cristal, con el libro de bolsillo abierto sobre la rodilla. Se levantó al verle.

—Buenos días, señor. Solo ha subido el nuevo. El señor Nowland.

—Gracias, Kingsley.

Cruzó la planta apoyado en el bastón. Entre las lamas de una persiana distinguió a un hombre esperando en la penumbra. Un abrigo negro colgaba de la silla. Mainport conocía esa manera de esperar y siguió caminando sin mirarlo.

Notó el peso del contenedor en el bolsillo interior del abrigo. Lo había sacado del cajón aquella misma mañana.

Pero el hombre de la persiana sabía dónde estaba su despacho. Y sabía abrir cajones.

Había otra luz encendida en la planta. Una sola, en un despacho pequeño, el segundo a la derecha.

Mainport se detuvo.

Nowland. El ingeniero de Halvorsen, el que había contestado en el Senado mirando a los senadores y no a su abogado. Mainport había firmado su contrato el jueves por la noche, y esa misma noche le había apartado las pruebas de un libro, por si algún día alguien de fuera tenía que comprobar lo que él no se había atrevido a comprobar. El aparato no entraba en aquel plan: el aparato era cosa de Kingsley y del cajón. Pero el cajón ya no era un sitio seguro, y aquel ingeniero era el único hombre de la planta que no le debía nada a nadie.

Al otro lado de la persiana, el hombre del abrigo negro seguía esperando. Mainport había contado con unos minutos a solas en su despacho. Ya no los tenía.

Durante la noche había ensayado lo que diría si volvían a exigirle acceso a sus archivos. SIBYL necesitaba su voz y su respiración; mientras siguiera vivo, podrían obligarlo a dar ambas. No había querido pensar más allá. Ahora se le

ocurrió pedirle al ingeniero que llamara a la policía. Miró hacia la persiana y siguió andando.

Al fondo, la puerta del despacho pequeño se abrió. Un hombre se asomó al pasillo con la cara de quien ha oído pasos un sábado en una planta vacía.

Mainport se ajustó la bufanda, cambió el bastón de mano y fue hacia él.



A las diez y cuarto oí la puerta. Pasos lentos, en una planta vacía, un sábado.

Me asomé. Un anciano, con abrigo de cachemira y bufanda de seda, se detuvo ante mi despacho apoyado en un bastón de ébano.

—Usted debe de ser Nowland.

—Bruce Nowland, señor. Empecé ayer.

—Lo sé. Yo firmé su contrato. —Me tendió una mano seca y fría—. Andrew Mainport.

Reconocí al senador, al filántropo de las noticias. No sabía que era también el dueño de aquella planta.

—Me han dicho que los fines de semana son sagrados en esta empresa —dije.

—Lo son. Para los demás. —Señaló mi despacho con el bastón—. ¿Me permite?

Se sentó en la única silla para visitas sin esperar respuesta. Dejó el bastón cruzado sobre las rodillas y me observó durante unos segundos que se me hicieron largos.

—Halvorsen —dijo.

—Señor, si va a preguntarme por...

—No voy a preguntarle nada. Le vi declarar. Era usted el único de la sala que no miraba a su abogado antes de responder. —Hizo un gesto vago con la mano—. He visto a mucha gente decir la verdad. Casi siempre lo hacen cuando ya no les queda otra salida. Usted la dijo cuando todavía le quedaban varias. Eso es bastante más raro.

—Me costó el trabajo.

—Le costó un trabajo. Le ha traído este.

Apreté los dedos contra el borde de la mesa.

Me preguntó por IBM, por Vocalis y por el fallo de Halvorsen. Solo una vez se apartó de mí.

—Mi padre me mandó a Europa a los diecinueve años. En una iglesia del norte de España, un canónigo me dejó esperar mientras llovía. Se quedó dormido junto a un libro abierto. A veces uno lee cosas que no debería —dijo Mainport.

—¿Qué leyó?

Me miró como si le hubiera despertado yo a él. Algo se le cerró en la cara, de golpe, igual que una puerta.

—Cuentas —dijo—. Lo que se gastaba en cera. Nada que le interese a un ingeniero.

Se quedó callado un momento, mirando el bastón.

—Mi padre decía que lo único que no envejece en un hombre es la voz —dijo de pronto—. Que la cara se te cae, las manos te tiemblan, pero la voz con la que mandas es la misma a los ochenta que a los cuarenta. ¿Es verdad eso, según su ciencia?

—En parte. El timbre cambia poco. Lo que cambia es el ritmo, la respiración. Pequeñas cosas.

—Pequeñas cosas. —Lo repitió como si lo anotara—. Dígame, ¿cuánto tiempo necesitaría una de esas máquinas para hablar como yo?

—¿Para engañar a una persona? Con tres minutos de audio limpio, hoy, sería suficiente.

—¿Y para engañar a SIBYL?

—Muchísimo más. Y aun así, en teoría, no podría.

—En teoría. —A Mainport se le endureció la cara—. Fui senador veintiséis años, señor Nowland. Hay horas y horas de mi voz en los archivos del Congreso. Discursos, comparencias, entrevistas. Si alguien quisiera hablar como yo, material no le faltaría.

Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó algo. Lo dejó sobre la mesa, entre los dos.

Era un objeto del tamaño de un mechero, de acero mate. No tenía marca ni conector visible. En un extremo había una rejilla diminuta, como la de un micrófono, y junto a ella un punto de luz apagado. En la cara superior,

grabada con finura, había una cruz latina, de brazos ensanchados en los extremos y el inferior más largo que los otros, de la que colgaban dos letras que no supe leer.

—¿Qué es?

—Una pregunta —dijo Mainport—. Guárdemela hasta el lunes. El martes, como mucho.

—Señor, con todo respeto, llevo aquí un día. No puedo guardarle nada a nadie sin saber qué es. —Empujé el objeto hacia él por encima de la mesa—. Si es de la empresa, que lo custodie seguridad. Si es suyo, tiene usted una caja fuerte a treinta metros.

—Mi caja fuerte la abren más personas de las que me gustaría, y la seguridad de este edificio trabaja para quien le paga más. —Acercó la mano al objeto—. Tiene razón. No debí pedírselo.

Antes de que lo recogiera, puse un dedo sobre el acero.

—¿Esto también escucha la respiración?

Mainport retiró la mano.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por lo que acaba de decirme. Si ya tienen su voz, eso sería lo único que les falta.

No respondió. Miró mi dedo, que seguía encima del aparato.

—Hasta el lunes —dije.

—No lo conecte a nada. No lo lleve a ningún técnico. No se lo enseñe a nadie de esta empresa. Cuando llegue el momento, sabrá a quién dárselo. Solo a esa persona. Si alguien le cuenta qué hay dentro, pídale que demuestre de dónde salió. Es lo primero que yo debí hacer.

—¿Y a la policía?

—La policía será la primera en preguntarle, si me pasa algo. —Lo dijo con la naturalidad de quien comenta el tiempo—. Querrá saber de qué hemos hablado. No mencione el aparato. Mis socios pueden reclamarlo como material de la empresa. No quiero que acabe en sus manos.

—¿Le va a pasar algo, señor Mainport?

—Tengo ochenta y un años, señor Nowland. Me pasa algo cada mañana.

—¿Y si no lo sé?

—Entonces tírelo al río Charles y olvídense de que existe. —Se apoyó en el bastón para levantarse—. Y ahora, si no le importa abusar de la amabilidad de un viejo, baje a la cafetería de enfrente y tráigame un café solo. Kingsley no sabe hacerlo y la máquina de esta planta es una herejía.

Ya en la puerta, añadió sin volverse:

—Si tiene planes para comer, cáncélelos. Comerá conmigo en el club.

Cuando salió, yo tenía el objeto en la mano. Había conseguido que me lo quedara sin responder a mi pregunta. Podía alcanzarlo en el pasillo; en vez de hacerlo, acerqué la rejilla a mi cara. El punto de luz se encendió en rojo, apenas un segundo, y volvió a apagarse.

Había oído mi respiración. Y no le había gustado.

Se fue al bolsillo interior del abrigo. Me dije que se lo devolvería en la comida, en el club, delante de un plato de sopa, y que nos reiríamos los dos.



Kingsley no estaba en su silla. El libro de bolsillo seguía allí, boca abajo, abierto por la mitad, y a su lado, en la bandeja de madera, mi móvil, donde lo había dejado a las ocho y media. No lo había llegado a guardar en la taquilla. Cogí el móvil sin pensarlo mucho.

Vibró en mi mano antes de que llegara al ascensor. Una notificación del banco: *Ha recibido una transferencia de 1.000.000,00 USD.*

Un millón de dólares, encima de una cuenta en números rojos. Ordenante, *LEMANCAPSA GENEVE*. Concepto, *HONORARIOS*.

El lunes llamaría al banco. Por un momento, solo un momento: ¿y si nadie lo reclamaba? El ascensor no respondió y bajé los catorce pisos por la escalera de incendios, maldiciendo el café de Mainport.

En el vestíbulo, el ascensor central acababa de abrirse. Entraron cuatro hombres. Solo vi bien a uno, el último, porque se volvió para pulsar un botón: llevaba alzacuellos y un abrigo negro largo, y tenía la cara ancha y rosada de quien come bien. Las puertas se cerraron antes de que viera más.

En la cafetería de enfrente, mientras esperaba los dos cafés, llamó Gem. Le conté la invitación del senador; me nombró pelota oficial de SIBYL. Fue la primera vez que la oí reír desde el viernes. Prometí llamarla después.

En el vestíbulo me encontré de frente con los mismos cuatro hombres. Salían deprisa, sin hablar. El del alzacuellos le dijo algo al oído al que caminaba a su izquierda, un hombre delgado de pelo gris, y este se separó del grupo y se plantó delante de mí, cortándome el paso hacia los ascensores.

—Perdone —dijo con una cortesía impecable—. ¿A qué planta va?

—A la tercera. Tengo una cita.

En la tercera había un bufete: lo había visto en el panel.

—Está cerrado los sábados —dijo.

—Prefiero comprobarlo yo.

No se apartó enseguida. Me llevé el móvil a la oreja, fingiendo una llamada. El hombre torció apenas la boca, se dio la vuelta y se reunió con los otros. Salieron a la lluvia y subieron a un coche negro que esperaba con el motor en marcha.



Kingsley seguía sin aparecer. Su libro continuaba abierto junto a la silla plegable. Entré en la planta casi a oscuras, con los cafés en la mano. Desde el fondo llegaba el timbre del teléfono de Mainport.

Lo que vino después ya lo he contado: la nota de voz, el detective Hall, mi «no». Lo que no he contado es que, mientras esperaba a la policía, llamé a Debra, que me ordenó no tocar nada, y que en el suelo del pasillo, junto a los dos cafés, miré la aplicación del banco. El millón seguía allí. A Hall tampoco se lo dije. La tarjeta del detective acabó junto al teléfono, con la promesa de llamarle cuando supiera qué había pasado con el dinero.

—¿Sabe dónde está el guardia de seguridad? —pregunté entonces.

—Lo estamos buscando —dijo Hall—. Su libro sigue en la silla.

Debra llegó empapada y sin las gafas rojas. Habló con Hall. Oí *suicidio, nota, su propia arma*.

Se ofreció a llevarme a casa. Le dije que prefería ir solo. No insistió, pero me miró como a alguien que podría haber visto algo.



Antes de arrancar, la aplicación del banco: el abono provisional había desaparecido; volvía a deber dos mil trescientos dólares. Hice una captura.

Llegué a casa con la ropa mojada y el estómago vacío. Había llamado a Gem desde el coche. Le conté lo del cuerpo; no le hablé del contenedor, del audio ni del banco. Quiso volver esa misma tarde desde Rockport; le dije que no, que estaba bien, que solo quería dormir. No me creyó, pero me dejó mentir.

En el televisor sin volumen, las noticias ya hablaban del senador. En una toma de la salida del edificio aparecí detrás de un agente, con el abrigo sobre los hombros. No dieron mi nombre. Gem habría reconocido hasta mi manera de bajar el bordillo. Apagué la pantalla y saqué el contenedor.

Al otro lado de la calle había un coche gris. El conductor tenía el teléfono levantado hacia mi portal. Bajó la mano cuando me asomé. Al volver a mirar, el coche seguía allí. Las dos últimas cifras de la matrícula fueron al reverso de la tarjeta de Hall: sesenta y dos. Podía no significar nada. No subí la persiana.

Antes de examinarlo pasé la nota de voz por el detector de Vocalis, la copia que nunca había borrado del portátil. Era un audio de mensajería, comprimido, grabado quién sabe dónde, y el programa dudó: cincuenta y cuatro por ciento. Indeterminado. Con otro filtro, cincuenta y uno. Cerré el programa.

Examiné el contenedor con la meticulosidad que había aprendido en IBM, sin conectarlo a nada, como me había pedido un muerto. No tenía tornillos ni juntas visibles, ni puertos. La carcasa parecía mecanizada de una sola pieza. La rejilla podía servir a un micrófono y a un altavoz minúsculo. No tenía teclado para una contraseña.

Se parecía, absurdamente, al llavero de Vocalis que seguía en el segundo cajón de mi escritorio, hasta en el LED que se encendía en rojo cuando lo apretabas. Me lo habían reclamado dos veces por correo después del despido. Las dos veces fingí no haberlo recibido. Era lo único que me había llevado de allí.

Me lo acerqué a la boca y dije, en voz baja:

—Andrew Mainport.

El punto de luz se encendió en rojo y se apagó.

Por supuesto. No le pedía un nombre: le pedía una voz. La de Mainport. Y Mainport estaba en una cámara frigorífica del depósito del condado de Suffolk.

Un cofre que escucha también cuenta. Cuántas veces le hablas. Cuántas veces te equivocas. En algún lugar de aquel acero acababa de bajar un número, y yo no sabía desde cuánto ni hasta dónde. No volví a acercármelo a la boca.

A la luz de la lámpara, la cruz grabada en el acero era la misma que colgaba en la pared del despacho, detrás de su cabeza. Una cruz con dos letras colgando de cadenitas.

Yo era el último hombre que había visto vivo a Andrew Mainport, y en mi bolsillo había estado toda la tarde algo que él no había querido dejar en su propio despacho.

Me dormí en el sofá hacia las cuatro, con la luz encendida.



Boston · Domingo, 22 de noviembre de 2026

Gem llamó a la una de la tarde, furiosa porque llevaba toda la mañana llamándome. Le juré que estaba bien, que había dormido, que no había hecho ninguna tontería. Me dijo que volvería esa noche y que la esperara despierto.

Al colgar, había un correo nuevo. El remitente era una dirección institucional del MIT: *Laboratorio de Paleogenómica — Dr. Raymond de Piers.*

Estimado señor Nowland:

Hemos recibido su currículum y estaríamos interesados en mantener una entrevista con usted hoy mismo, a las cinco de la tarde, en nuestras instalaciones del edificio 68, en Cambridge. Le rogamos confirme su asistencia.

Lo leí tres veces.

Yo no había enviado nunca un currículum a aquel laboratorio. Y no sabía qué demonios era la paleogenómica.

Hora de envío: las 9:41 de la mañana. La web del Globe había actualizado a las 9:27 la noticia del senador. En la nueva versión se veía mi cara y se

recordaba mi comparecencia por Halvorsen.

Catorce minutos.

El contenedor seguía sobre la mesa, esperando una voz que ya no existía.

Contesté al correo. Escribí que iría.



CONTINÚA EL 30 DE OCTUBRE

Aquí termina la muestra de *Arcadia. El secreto de la sangre*.

Bruce acaba de aceptar una entrevista en un laboratorio del que nunca ha oído hablar. El contenedor sigue sobre la mesa, esperando una voz que ya no existe.

La novela completa se publica el 30 de octubre de 2026 en ebook, tapa blanda y tapa dura, en español y en inglés (*Arcadia: The Secret in the Blood*).

tbkotland.com · tb@tbkotland.com